

## **El show de Gary**

# **El show de Gary**

NELL LEYSHON

TRADUCCIÓN DE INGA PELLISA



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original  
*Memoirs of a Dipper*

Copyright: © NELL LEYSHON, 2015  
Original English language edition first published  
by Penguin Books Ltd., London  
The author has asserted her moral rights  
All rights reserved

Primera edición: 2016

Traducción  
© INGA PELLISA

Ilustración de portada  
© RIKI BLANCO, 2016

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2016  
París 35-A  
Colonia del Carmen, Coyoacán  
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda  
28014, Madrid, España.

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño  
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión  
KADMOS

ISBN: 978-84-16358-96-0  
Depósito legal: M-4622-2016

Impreso en España

Todos los personajes de este libro son ficticios,  
y cualquier parecido con personas reales,  
vivas o muertas, es un pedazo de gilipollez.

MEMORIAS DE UN CARTERISTA

EN LAS QUE... DESCUBRIRÁS UN HUEVO DE COSAS  
DE MÍ Y YO NO DESCUBRIRÉ UNA MIERDA DE TI.  
SON UNAS *MEMORIAS*, NO UNAS *TEMORIAS*.

Para Gary, cuya vida no es ésta

## ÍNDICE

Yo entonces	19
Yo ahora	25
Una familia nuclear	29
Dolores de crecimiento	33
Deme su bendición, padre	45
La canícula	51
Vamos, circulen	59
Prueba de ineptitud	65
La vecina de al lado	71
El final del colegio	77
A la sombra	85
Desfile de bienvenida	91
El estreno	97
Robón Hood	103
El oro del moro	109
King's Cross	117
Feria de antigüedades	123
Horario de visitas	131
Fondo de pensiones	137
Segundos fuera	149
Crack	155
Familias felices	165
A veces hay que mancharse las manos	171
Yo ahora, otra vez	177

Amancebados	179
Cuentos para no dormir	183
Formación para adultos	189
<i>Game over</i>	199
Trampas	205
Medidas desesperadas	209
Tatuada en la piel	215
Un silencio embarazoso	217
Antojos	221
Sangre, sudor y lágrimas	223
El último cartucho	227
Tocar fondo	231
¿Tienes cambio?	235
Billete sólo de ida	239
Capítulo uno	241
Capítulo dos	245
Capítulo tres	247
Capítulo cuatro	251
Capítulo cinco	259
Capítulo seis	269
Capítulo siete	273
Capítulo ocho	279
Fin	287



## YO ENTONCES

Allá vamos, pasen y vean. Por aquí, eso es. Toma asiento. Coge el libro. ¿Todo bien? ¿Estás cómodo? Estupendo. Pues que empiece el show de Gary.

Tenemos mucho que hacer; muchas pruebas, digamos, por examinar. Pero prefiero no empezar por el principio porque llevaría mucho tiempo conocerme. Vayamos con una escena de los años chungos, así podrás hacerte una idea de cómo fui en otros tiempos.

Estamos en 1988, otoño. En Camden, al norte de Londres, a última hora de la tarde, ya oscuro.

Estoy en la calle y caen chuzos de punta. No es una lluvia normal; es una lluvia tan taladrante que te agua la sangre. Pasan coches por mi lado, y taxis con las luces amarillas encendidas. Autobuses con las ventanillas empañadas y claros goteantes allí donde los pasajeros han intentado enjuagarlas. Los semáforos cambian a rojo, a verde, a ámbar, a rojo otra vez. Un coche pisa un charco junto al bordillo, la boca de la alcantarilla está embozada de hojas muertas. El agua salpica, pero no me da, porque la esquivo. La verdad es que yo siempre lo esquivo todo.

Empujo la puerta doble de un pub, toda madera oscura y vidrio esmerilado. Pestazo a cerveza y ambiente cargado de humo. Respiro hondo, suelto el aire. Éste, pienso, es mi Londres. Y mi Londres, pienso, es mi patio de recreo.

Voy directo a la barra, cruzo alguna palabra con el camarero: Sí, colega hace una noche de mierda, ya ves; y sí, me tengo que tomar algo porque eso es lo único que puede arreglar una noche como ésta; y sí, venga que sea una pinta. Me lanza la jarra: la

cerveza temblequea en el borde, a punto de caerse. Me bebo media de un trago. Tengo una pareja al lado, y los observo, aunque ellos ni se enteran. Ya no son unos críos, y creo que están liados, por cómo se los ve al uno con el otro. No les interesa nadie más. El mundo podría arder convertido en una bola de fuego y no se darían ni cuenta. El mar podría subir por el Támesis y engullir la barra y no se darían ni cuenta.

Me quito la chaqueta, me la cuelgo del brazo. Me quedo allí un rato de pie, pongo la jarra de cerveza sobre el posavasos, la alineo perfectamente. Dejo la mirada perdida, embobado. Soy un currante que ha entrado un momento a tomarse una pinta, a estar un rato tranquilo, de pie en la barra. Nada más. Luego, al cabo de unos minutos, me acerco un milímetro a ellos, relajo un poco el brazo y la chaqueta resbala, cae al suelo, justo encima de su bolso. La dejo ahí. Ellos no ven nada. Espero. En el pub nadie más ve nada. Todo se desarrolla a un ritmo natural; mis movimientos están diseñados para encajar, para no poner a nadie en alerta ante lo inesperado; no ha pasado nada que nos erice los pelos. Cojo la jarra, me bebo lo que queda. Luego la dejo sobre la barra y me aseguro de que dé un golpe contra la madera. Que sea una afirmación. Y esto es lo que dice: Yo, Gary, he entrado aquí a resguardarme de la lluvia. He pedido una pinta que ya he terminado y ahora me dispongo a marcharme.

Me agacho, recojo la chaqueta (mira que soy torpe, caérseme la chaqueta) y me pongo de pie. Miro hacia la puerta del pub, veo la cortina de lluvia cayendo, luego miro atrás, a los lavabos. Doy media vuelta. No están lejos: a unos pasos cruzando entre la gente. Me aseguro de que no haya nadie más dentro, me meto en el único cubículo. Cierro con pestillo y desdoble la chaqueta. Saco el bolso de la mujer.

Es de cuero rojo, de buena calidad (cuanto más caro el exterior, mejor el contenido). Abro el cierre, levanto la solapa. Tiene dos compartimentos. En uno hay un monedero. Lo saco y abro la cremallera. Cojo los billetes doblados y las tarjetas y me lo guardo todo en el bolsillo. Las monedas las dejo. En el otro compartimento hay un neceser de maquillaje pequeño.

Dentro: espejo, peine, pintalabios, lápiz de ojos. Y debajo una bolsa de plástico. Lleva un nudo, lo deshago. Dentro: polvo blanco. Meto el dedo, me froto las encías. Noto el chute. Saco un poco, lo desmenuzo encima de la cisterna del váter con una de las tarjetas de crédito, enrolló un billete de diez y esnifo, por un agujero, por el otro. La noto correr por mi sangre y tengo que alargar el brazo para apoyarme en la pared del lavabo. Calma, chico. Calma. La siento por todo mi cuerpo. Cierro los ojos y, detrás de los párpados, aparece una visión. Soy yo en la barra, inclinándome levemente para que el peso de la chaqueta resbale por el brazo y caiga encima del bolso. Pienso en cómo he esperado, en cómo he sabido no moverme en un rato, en cómo he mantenido la calma, tranquilo, sereno, y en cómo me he agachado después y he recogido la tela, con el bulto del bolso dentro. Pienso en cómo he sabido lo que me hacía. Y en que como he sabido lo que me hacía, nadie más en todo el pub ha sabido lo que me hacía.

Y se me ocurre que, joder, esto no es un robo normal y corriente. Es más complejo que eso. Quiero decir, que hay muchos elementos. Primero está el lado humano: el rollo de charlar con el camarero, saber cómo hacer que la gente esté cómoda, que se relaje. Y luego está el lado más profundo, el lado animal: saber todo lo que está pasando en un sitio, abrirte para saber qué piensa la gente, qué hace. Ver cosas que otros no ven. Y para eso tienes que recuperar el instinto, que no es algo que utilicemos demasiado. Sin instinto no somos nada. Y una vez que lo recuperas tienes que afilarlo, tienes que conectar con él. Tienes que ampliar tu visión. Piensa en un halcón. Un halcón no gira la cabeza para ver a un gorrión que pasa volando. El halcón *sabe* que está ahí.

Y sentado en el váter, se me ocurre que eso no lo puede hacer cualquier cabrón. Es algo extraordinario. De hecho, es un poco como el ballet. Un poco como el teatro.

¿Sabes lo que es? Es una puta forma de arte.

Me guardo en el bolsillo la bolsa medio vacía de polvos mágicos y escondo el bolso de cuero rojo detrás de la cisterna,

me pongo el abrigo y descorro el pestillo. Me veo de refilón en el espejo. Guiño un ojo. Bien hecho, hijo. Bien hecho.

Fuera, en el bar, la mujer está de pie junto a una mesa, mirando alrededor. El amigo tiene la mano en su espalda, la consuela. El camarero está buscando debajo de otra mesa. Me acerco.

—¿Estás bien? —pregunto.

La mujer ni siquiera me mira.

—He perdido el bolso —dice.

—Deja que te ayude.

Y eso hago. Ayudo. Me uno a la caza del ganso. Miro por toda la barra, por los taburetes donde estaban sentados. Busco por las puertas de los lavabos. Busco debajo de las sillas y hasta me arrodillo para buscar debajo de las mesas y me ensucio los pantalones. Así de atento soy. Así de considerado.

—No encuentro nada. —Me pongo de pie, me sacudo el polvo—. Se lo tiene que haber llevado alguien —digo.

La mujer comienza a llorar.

—El dinero —dice.

—Ya lo sé.

—Todas mis cosas.

—Ya lo sé. Hay mucho cabrón suelto. Son unos malnacidos.

Escoria.

—Lo mato —dice el amigo.

Yo niego con gesto solemne.

—A estas alturas ya se habrá ido. Ya sabes cómo son. Trincan y a correr, salen cagando leches.

La mujer asiente.

—¿Qué voy a hacer?

Le pongo la mano en el brazo.

—¿Sabes qué? Os invito a los dos a una copa —digo—. Para compensar.

Y me saco del bolsillo de atrás el billete que he usado para meterme los polvos mágicos hasta el cerebro. Se lo doy al camarero y le digo que traiga una botella del mejor espumoso que

tengan. Le digo que se ponga una copa él también. Descorcha, nos sirve a todos. La mujer levanta la copa hacia mí.

—Gracias —dice—. He recuperado la fe en la humanidad.

Inclina la copa y se bebe las burbujas que ha pagado con su propio dinerito.

## YO AHORA

Pues ése era yo entonces, pero oye, ya no soy el mismo. He cambiado, ¿sabes?

No, en serio, he cambiado.

La gente cambia. Cambia continuamente. Todos cambiamos. Pero no hablo de cambios en el trabajo que tengamos, la familia que tengamos, o donde vivamos. Los cambios de los que yo hablo son mucho más profundos. Van hasta el tuétano. Porque el caso es que tú mismo estás cambiando ahora, mientras lees esto. Yo estoy cambiando mientras lees esto. Cada célula de tu cuerpo morirá y crecerá de nuevo. Cada célula será reemplazada por otra célula que estará un poquito más cerca de la vieja de la guadaña. Dentro de unos años, hasta el último rastro de ti que hay sentado aquí ahora habrá desaparecido. Hasta el último rastro de piel habrá caído flotando al suelo y habrá sido arrastrado hacia un rincón junto con el polvo de la casa. Los riñones habrán vertido sus células en tu orina. Los pulmones habrán exhalado sus células al aire fétido. Y el cerebro: todos esos rizos de coliflor se replegarán como si fuera invierno y luego florecerán de nuevo como si llegara la primavera. ¿Y el corazón? Ja, el corazón. El viejo bombeador de sangre, el palpitante, el amoroso. Las células de los ventrículos y de las aurículas se secarán todas y llorarán lágrimas de desamor. No es de extrañar que el amor sea tan difícil de conservar cuando nuestro corazón vive en un cambio constante.

Así que sí, dentro de siete años habrá un tú totalmente nuevo. Un yo totalmente nuevo. No dejamos de cambiar, y qué quieres que te diga, me parece un milagro que sepamos siquiera quiénes somos.

Así que no, no soy el mismo de antes. Ahora soy otro Gary. Células nuevas, yo nuevo. Y una vida totalmente nueva.

Y para demostrarlo, te voy a dejar que eches un vistazo, una miradita, a lo que soy ahora. No entonces. Ahora.

Ya no estamos en Camden. Estamos en la costa de Inglaterra, mi nuevo hogar adoptivo. Vivo en lo alto del acantilado, en lo que en su día fue un hotel de ocho habitaciones y ahora son pisos. Las alfombras de la entrada tienen más remolinos que una hilerá de girándulas en la noche de las hogueras. Mi piso está en la planta baja, la puerta da al jardín. El único ruido por la noche es el de los zorros volcando cubos de basura. Aquí es fácil vivir. Esto es la tumba de la ambición.

Es muy temprano, el sol atraviesa las cortinas a la fuerza y me golpea en la cara, me despierta antes de que suene la alarma. Mi cabeza ahora es como una bombilla: o está encendida o está apagada. No hay estados intermedios, así que me planto de pie antes de que los párpados terminen de abrirse. Es ponerme la ropa, vaciar la vejiga, desayunar algo rápido, y ya estoy en la calle, de camino al taller.

El camión está cargado, y compruebo que no me olvido de nada. Tubos de andamio, tablones, anclajes, abrazaderas. Conduzco hasta el acantilado, paro en el área de descanso, apago el motor.

Me cambio al asiento del pasajero. Entra aire fresco, y yo respiro hondo, lo aspiro hasta inundar el último recoveco de los pulmones. Me enciendo un piti y doy una calada. Las lenguas de humo se elevan en espiral. El sol ha salido y los rayos entran en la cabina. Me arremango la camisa, disfruto del momento ahí sentado, escuchando el ir y venir de las olas. Veo la licencia del camión y caigo en la cuenta de esta vida nueva que tengo. Es un puto sello por el que tuve que hacer cola en correos. Por el que *pagué*.

Y es entonces cuando lo veo por el parabrisas. Viene hacia mí siguiendo el acantilado, y levanta la mano cuando ve el camión; no es un saludo, es más un *ya te he visto*. Se acerca, va

hacia el asiento del pasajero. Cuando me encuentra sentado ahí en lugar de en el asiento del conductor, se detiene, descolocado. Veo la mirada en sus ojos, la mandíbula colgando, tratando de comprender. Señalo el asiento vacío y él lo mira, y luego me vuelve a mirar a mí. Entiende por fin y le cambia la cara. Los músculos flojos se tensan en una gran sonrisa. Da la vuelta hasta el asiento del conductor y entra.

Él no dice nada y yo tampoco. Coloca el culo, se acomoda, y luego busca el cinturón, se lo pone.

Toquetea el cambio de marchas, comprueba que esté en punto muerto. Mete la llave en el contacto y la gira. El motor arranca. Él asiente, sonrío para sí mismo. Yo sonrío y eso. No se cumplen dieciocho años todos los días. Feliz cumpleaños, hijo, le digo.

Entonces es cuando se vuelve hacia mí, y lo miro, y sólo puedo pensar que es como mirarme a mí mismo. Tiene el mismo pelo espeso y casi negro. Los mismos ojos, el azul del color de la tinta de un billete de cinco recién impreso.

Siento que se me hincha el corazón. Los ojos se me llenan de lágrimas.

Soy un blando.

De tal palo tal astilla. Somos como dos gotas de agua. Como un huevo se parece a otro huevo. Harina del mismo costal. Cortados por la misma tijera. Hechos de la misma pasta. Es hijo de su padre.



## UNA FAMILIA NUCLEAR

Pues esto son unas memorias, ¿no?, así que ahora tenemos que volver al principio para entender. Porque no nacemos en mitad de la nada en este mundo. Nacemos en mitad de algo que ya está ahí, que tiene sus propias normas. Es como si naciésemos en una jaula de metal que nos da forma a medida que crecemos, que cambia la forma de nuestro cuerpo, que nos convierte en las personas que somos después.

Nacemos en una familia.

Si cierro los ojos, aún huelo a tostadas quemadas y al moho que había alrededor de la goma de los grifos de la cocina. Aún siento el tacto rugoso del papel estucado bajo los dedos. Aún oigo la cortadora de césped fuera (nuestro no, porque no somos precisamente el tipo de familia que corta el césped), los coches pasando, el tapón de una botella desenroscándose y el bla bla bla de la tele. Siento el sabor del té con azúcar, cremoso por la nata de la leche. Y si cierro los ojos es como si todo fuera más real que este cuarto en el que estoy ahora. Es como si lo llevara todo dentro, esperando, almacenado. Si cierro los ojos es como si no existieran el pasado y el presente. Es uno de los milagros de ser humano, que podemos estar en dos tiempos y lugares a la vez. Puedo ser el de entonces. Puedo ser el de ahora.

Estoy en la puerta del salón. De pie, mirando. Mi hermano Alan está en el suelo a cuatro patas, las rodillas sucias y llenas de costras, empujando una lata mientras hace ruidos de motor. La pequeña Sharon está en su cochecito, en el pasillo, haciendo girar unos pájaros de plástico que cuelgan de una goma elástica que tiene delante.

¿Y mamá? Está en el sofá viendo la tele: es incapaz de apartar los ojos. Frente a ella, en la pantalla, hay un hombre en blanco y negro hablando con una mujer en blanco y negro. El hombre se pone de rodillas; abre una caja y centellea un anillo de diamantes. La mujer suelta un gritito y una lágrima le resbala por la mejilla. Él saca el anillo de la ranura de terciopelo, le coge la mano izquierda y lo desliza hasta el nudillo.

Mamá desenrolla papel de váter, se da unos toquecitos en los ojos y luego lo tira al suelo. Levanta el vaso de jerez, se lo lleva a los labios, da un trago largo. Deja escapar un suspiro lo bastante fuerte como para levantar el techo.

En su cabeza ha atravesado la pantalla del televisor. Está dentro. Es ella la que está besando al hombre. Es ella la del anillo en el dedo.

Desde el sofá en el que está sentada, desde ese lugar al que ha ido su cabeza, no se entera de nada de lo que está pasando en el mundo real que la rodea. No oye a la pequeña Sharon, que ha empezado a llorar. No ve a Alan en el suelo, que la mira y le dice que tiene hambre. No me ve a mí en la puerta, ahí plantado, mirándolo todo. Todo.

—Mamá —le digo.

Ella suspira de nuevo, y todo su pecho se sacude casi lo bastante como para romperse una costilla.

—¿Mamá?

Se da la vuelta. Sus ojos me ven y no me ven. Parpadea, despacio, como si tuviera cortinas delante de los ojos y estuviera intentando descorrerlas. Menea la cabeza, enfoca mejor. Clava la vista en ese niño ahí de pie: el pelo corto y de punta, casi negro, los pantalones cortos de color azul que no se ha quitado en todo el verano. La comida en la cara. Y los ojos azules. Mira en torno al salón. Hay otro niño en el suelo, empujando una lata, haciendo ruidos. Y otro en el pasillo; ve los pájaros de plástico girando en la goma, como si intentaran salir volando pero tuviesen los pies atados. Nos mira a todos como si nunca antes hubiese visto a esas personitas ni supiera qué es lo que están haciendo en su casa.

Parpadea otra vez, aún más despacio, y vuelve a mirar la tele. El hombre y la mujer han juntado los labios. Un beso de tornillo. Ahh, piensa, un beso de tornillo.

—Mamá.

Lo digo lo bastante alto para que la atraviese, pero ella no me mira, no se da la vuelta con los ojos despejados. No. Se queda mirando la tele y da una palmadita en el asiento libre del sofá; lo que sea con tal de hacerme callar y poder ver el final de la historia en blanco y negro tras la pantalla de vidrio. Yo me acerco y subo al sofá, a su lado. Levanto las piernas y me acuesto sobre ella. Tiene la piel caliente.

Se lleva el vaso a la boca, huelo el fuerte olor a caramelo del jerez.

Detrás de ella, en la mesita que hay al otro lado del sofá, veo la única foto que existe de su gran día. Mamá sale con unos pantalones negros ajustados, por el tobillo. Lleva un suéter negro metido por dentro, una cinta negra que le recoge el pelo castaño oscuro y lápiz de ojos. Tiene las pestañas más grandes con las que haya nacido nunca una mujer. El viejo tiene el pelo negro, muy corto, y lleva unos vaqueros con el bajo vuelto, unas Martens granates y una chaqueta negra con forro de cuadros escoceses. Ella lo está mirando. Él mira al suelo, con un piti a medias en la mano.

Si te fijas, a ella le sobresale un poco la tripa, y si tuvieras una máquina de rayos x que pudiera atravesar las fotos, me verías a mí bien adentro, todo enroscado. Un cuadro de inocencia nonata a punto de ser lanzada al mundo.

Aparecen las palabras en la pantalla de la tele: THE END. Mamá vuelve a secarse los ojos. Tira el papel de váter al suelo. Se termina el jerez.

—¿Mamá? —le digo.

—Estoy viendo los créditos —me dice.

Miro cómo las letras van pasando y pasando hacia arriba, hasta desaparecer de la pantalla de la tele. Cuando se acaba, pruebo otra vez.

—Mamá —digo—, ¿dónde está papá?

Ella se levanta, gira el dial y la pantalla se llena de interferencias. Sigue girándolo hasta que encuentra otro canal, otra historia en la que sumergirse, y se arrellana de nuevo en el sofá.

Pruebo otra vez.

—¿Dónde está?

Suena la música. Aparecen los títulos. La función ha comenzado.

Me da unas palmaditas en la pierna.

—Preguntas demasiado, Gary. Si sigues así, algún día te van a dar respuestas que no quieres oír.